

## RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

Richard H. Popkin, *The History of Scepticism, from Erasmus to Spinoza*. California University Press, 1979; 333 pp.

El libro de Richard H. Popkin no es nuevo; una primera versión, más breve que la actual, había aparecido en 1960. Si se comparan las dos ediciones se verá que la más reciente es mucho más detallada y completa que la anterior: en cuanto al texto mismo sin duda; también por lo que se refiere a la bibliografía ahora muy acrecentada. El título es parcialmente indicativo; habría que completarlo diciendo que Popkin no solamente traza la historia mencionada sino que, a través de esa historia, nos hace asistir al nacimiento de lo que solemos llamar “modernidad”.

Analizaré el libro. Antes de hacerlo es necesario precisar una forma del escepticismo, la más radical, que solamente aflora vagamente en estas páginas. Cuando Antonio Machado hacía decir a su personaje Juan de Mairena que la “gracia” del escéptico consiste en no hacer caso a las objeciones que se le hacen, es probable que pensara justamente en este escepticismo radical. Simbolicémoslo en Pirrón de Elis.

Sabemos, por Diógenes Laercio, que Pirrón decía “ni sí ni no”, que calmó los ánimos de los viajeros de aquel barco amenazado por la tempestad, sabemos que tenía gran presencia de ánimo. Pero sabemos algo más, algo que es de suma importancia, Pirrón fue a la India con Alejandro y en la India conoció a los “gimnofisistas”. Es muy probable que Pirrón aprendiera mucho de ellos y que su escepticismo fuera una forma de la duda que llevaba a meditación, a una forma y manera de vida interior que no puede decirse en palabras. Pirrón no argumentaba y el verdadero escéptico es el que no argumenta, el que se limita a decir “ni sí ni no”, el que suspende el juicio, pero lo suspende por abundancia de vida propia y sabia intimidad. Naturalmente el escepticismo evolucionó y el escéptico empezó a argumentar —cosa grave para él desde que Sócrates percibió que negar el conocimiento es ya una forma del conocimiento: tal es el caso, muy bien visto por Popkin, de Enesidemo y sobre todo de ese escéptico menor que tuvo importancia por el hecho de que se conservaran sus obras, que fue Sexto Empírico. Por otra parte, existe otra forma de

escepticismo que acaso no merezca exactamente este nombre: el de los Académicos, que no están ausentes del pensamiento moderno y aun contemporáneo, como Popkin lo muestra. Es sabido que Carnéades propugnó por una forma de “probabilismo” más que por una forma de escepticismo; es decir, los Académicos no negaban el conocimiento por escaso que éste fuera. Se contentaban con opiniones probables. Pues bien, los escepticismos de los cuales nos habla Popkin no son el que he llamado radical sino el de quienes dudan y argumentan para dudar y el de los que dudan parcialmente para afirmar que nunca llegaremos a la certidumbre sino a la probabilidad. Y, en efecto, es difícil pensar en algún filósofo posterior al Renacimiento que tuviera actitudes puramente pirronianas, aunque “pirronianos” se llamaran estos filósofos; tuvieron actitudes “sextinas”, si se me permite el neologismo, con la excepción, en parte, de la obra de Montaigne a la cual me referiré.

Hechas estas observaciones, paso al libro. En conjunto Popkin ve el escepticismo muy ligado a la Reforma y a la Contrarreforma. No le falta razón porque, sobre todo Lutero, cuyo pensamiento, según se sabe, procedía en parte del de Occam, es un escéptico de la razón como lo fue, menos radicalmente, Erasmo. Voy de acuerdo con Popkin; existieron a partir del siglo XVI dos clases de fideístas: los que creen por fe ciega; los que afirman la fe y niegan la razón por creer que ésta no puede intervenir en el universo de la fe. Habría que añadir un tercer tipo de fideísta, cuyo mejor ejemplo sería el de Kierkegaard, escepticismo que en realidad procede de Tertuliano y aun de algunos nomi-

nalistas, escépticos en relación a la razón porque *lo que les importa* es la fe; son ellos los que niegan, a propósito, las argumentaciones racionales para abrir más ampliamente las puertas de la fe. Naturalmente, y esto también lo ve Popkin, la palabra “escéptico en materia de religión”, como decía Donoso Cortés, es un resultado, acaso más moderno, de varias formas de escepticismo y suele implicar una visión atea y materialista de la realidad.

Insisto: en este libro, que en conjunto es muy bueno, no aparecen dos formas del escepticismo: el que he simbolizado en Pirrón y el de esta negación del conocimiento racional en materias religiosas que duda de la razón con plena conciencia de que esta negación dará más fuerza a la fe.

Seguiré el libro de Popkin capítulo tras capítulo aunque me detenga más en algunas partes que en otras. No me referiré a aquellos capítulos puramente eruditos, en los cuales se discute la posibilidad de la lectura de tal o cual autor —principalmente Sexto Empírico y Cicerón— por parte de los nuevos pirronianos. Aun cuando interesantes, no son de mi competencia y, en cambio, son del todo de la competencia de Richard H. Popkin.

La crisis intelectual de la Reforma es crucial para entender el escepticismo posrenacentista y moderno. Aquella evolución sigue produciendo tempestades incluso en nuestro siglo aun cuando, es cierto, en los últimos años han existido acercamientos entre cristianos protestantes y cristianos católicos. Pero el problema de la fe y de las razones o sin razones de la fe sigue siendo tan vigente como lo fue en tiempos pasados.

La situación religiosa en el siglo XVI

es, a grandes rasgos, clara: por un lado un papado autoritario, por otro un luteranismo o un calvinismo no menos autoritarios. Entre los dos, la *Philosophia Cristi* —Erasmus, Vives, Moro. Pero volvamos a la historia que Popkin hace de este periodo. Lutero trató de encontrar un criterio para definir el conocimiento religioso; el criterio está en la conciencia del que lee bien las Escrituras. Pero ¿cómo hacer objetivo este criterio de suyo subjetivo? La respuesta, por parte de Lutero, fue más insistente que lógica; repitió constantemente su creencia: la de la validez de la interpretación personal de los Evangelios. En la discusión entre Erasmo y Lutero, Erasmo cree firmemente en la verdad evangélica, que hay que vivir más que razonar, y cree en la autoridad de la Iglesia. Lutero en *De servo arbitrio* acusa a Erasmo de escepticismo y reitera su criterio de “verdad” basado en la fe. Se salvan los “elegidos”, pero ¿cuáles son los elegidos? Una polémica similar, en la cual no abundaré, entre Calvino y Castiello, menos “fideísta” este Castiello que Erasmo. Aquí, dos observaciones que tienen que ver con la realidad histórica y no con ningún “nacionalismo” cultural. En primer lugar, entre los humanistas cristianos, Popkin pudo haber estudiado a Juan Luis Vives: tenía Vives mucho que decir sobre el *libero arbitrio* y el *servo arbitrio*, así como acerca de la relación entre fe y razón. En segundo lugar, y esto cuando remite a la Contrarreforma, Popkin olvida algo esencial: los pensadores jesuitas y sobre todo Molina, el más feroz defensor del libre albedrío y del posible equilibrio entre fe y razón. Popkin analizará muy bien a Descartes; su

análisis hubiera sido más preciso si hubiera comentado la obra de Suárez. Pero dejemos el asunto. El hecho es simple: “fideístas” católicos y “fideístas” protestantes andan en busca de un criterio en cuestiones religiosas; esta búsqueda se encontrará en los filósofos, especialmente en el siglo XVII, y se convertirá en un problema fundamentalmente, aunque no únicamente, filosófico. Este escepticismo filosófico empieza con el *Quod nihil scitur* de Francisco Sánchez. Popkin entiende muy bien a Sánchez; en efecto es un nominalista; en efecto defiende la experimentación en las ciencias; en efecto ve la ciencia como puramente probabilística. Sánchez se adelanta a los tiempos y Popkin confiesa que *Quod nihil scitur* “se lee como un libro de filosofía analítica del siglo veinte”. Ignoro si esto es cierto; no ignoro que Sánchez fue tan moderno que apenas se lo leyó en su siglo. En otras palabras: Sánchez y Montaigne “fueron cruciales en la formación de la filosofía moderna”.

Veamos el caso de este extraordinario hombre que fue Montaigne —el primero que cita a Gomara y a México en Francia. De nuevo aquí, y antes de pasar al análisis de Popkin, que es en este caso especialmente bueno, una duda. Montaigne se hizo aquella famosa y definitiva pregunta: “Que sais-je?” (¿qué se yo?). Bien sabía el creador del género ensayo que el escéptico que dice no saber nada se presta la citada respuesta socrática. Pero si uno se encoge de hombros y dice: ¿qué sé yo?”, las respuestas son imposibles. Montaigne no afirma ni niega; tal vez por esto Montaigne sea el más pirronista de los modernos aunque fuera, además, a veces epicúreo,

a veces estoico y siempre defensor de la virtud de las virtudes: la amistad. ¿Por qué no se cita aquí su frase cuestionante y acaso incuestionable? Tal vez porque el propósito de Popkin es el de demostrar que con Montaigne cambia totalmente el pensamiento europeo. Pero esto no es suficiente. Popkin debió haber visto a Montaigne en su totalidad.

Existe cierto fideísmo en Montaigne. Religiosamente el ensayista llevó a cabo “las bodas perfectas entre la Cruz y las dudas de Pirrón” y así preparó, con esta “combinación perfecta”, “la ideología de la Contrarreforma francesa”. En otras palabras: el escéptico, al no tener puntos de vista, acepta los de la Iglesia; por fin, el escéptico está en el estado perfecto para recibir la gracia divina. No repetiré los argumentos de Montaigne. Popkin está en lo justo cuando dice que, además de presentar el escepticismo como una defensa del cristianismo, además de percibir —descubrimiento de América— la diversidad de las opiniones humanas y por lo tanto su relatividad, Montaigne “precipita” la crisis de la ciencia. Esto lo hace moderno porque no se trata de que Montaigne niegue la ciencia; se trata de que la ve, como la ven muchos científicos modernos, con más modestia que muchos científicos de los siglos XVI y XVII. En cuanto a Charron, reiterativo y muy inferior a Montaigne, baste aquí con recordarlo y decir que su intento fue el de sistematizar el pensamiento de su maestro. En suma, la “repercusión” de Montaigne fue triple: rechazar las supersticiones de los alquimistas, proponer nuevas bases para una actitud religiosa, y definir la ciencia como

conocimiento hipotético. Esto, en efecto, es una revolución.

No olvido que Popkin se refiere a los filósofos del Renacimiento italiano —Pico della Mirandola *primum inter pares*; tampoco quiero olvidar que trata con mucha claridad a los *libertins érudits* —Nodé, Patin, La Mothe, Le Vayer (el caso de La Peyrère es, en el siglo XVII, excepcional; en su *Hombre antes de Adán* aplica el escepticismo a la Biblia). ¿Fueron los libertinos menos libertinos de lo que suele decirse? Me inclino a pensar, con Popkin, que así fue. No insistiré en precisar la gran importancia para las ciencias de Gassendi, recientemente revalorado en Francia, o de Mersenne. Ambos son espíritus científicos modernos. Ninguno de los dos es exactamente escéptico; acaso ambos se acercarian más a los viejos Académicos que a los “Pirronistas”; su importancia proviene no sólo de las objeciones que uno y otro dirigieron a Descartes, sino de sus propias obras (modelo mecánico del atomismo epicúreo en Gassendi, defensa del espíritu científico en Mersenne). Veamos lo que Popkin llama el contraataque, veamos la reacción en el siglo XVII contra el escepticismo: habrá de conducirnos a Descartes y a Spinoza. Es de recordar que el padre Garasse critica el “pirronismo” y a los libertinos por ser peligrosos y perniciosos en cuestiones religiosas. Garasse escribió una *Summa theologica* —que quien esto escribe confiesa desconocer—; esta *summa* fue objetada por un hombre de mayor calibre intelectual: Saint-Cyran, el promotor del jansenismo en Francia (este jansenismo que tenía que dar grandes figuras, como Arnaud y Nicolle y, jansenista a medias en sus primeros años, como Pascal).

Naturalmente, y volvemos al problema del criterio, Saint-Cyran es fideísta y en este punto —no siempre en otros— coincide con los protestantes. Entre los primeros racionalistas, un personaje sin duda menor que no merece, tal vez, el comentario irónico de Popkin, en efecto, Sorel quiso fundar una ciencia universal; su ciencia no era muy precisa pero antecedía a la idea cartesiana de una *mathesis universalis* y al propósito leibniziano de una *combinatoria universal*. Por lo demás, Michel Foucault ha demostrado que la edad clásica fue la de los grandes intentos por encontrar lenguajes, estructuras de todos tipos que tendían a buscar un solo lenguaje, y muchas veces una verdadera combinatoria universal. No es necesario insistir en esta reseña acerca de lo que *The History of Scepticism from Erasmus to Spinoza* dice con mucho detalle sobre el “escepticismo mitigado” de Gassendi y de Mersenne. Lo que importa es señalar, como lo hace Popkin, que la crítica al escepticismo, iniciada como cuestión de criterio en cuanto a la fe, se convierte cada vez más en un problema filosófico: así, principalmente, en Descartes, sin olvidar la presencia, en casi todos los filósofos posteriores a él, de Montaigne. Tiene interés histórico el *cogito* introducido por Jean de Silhon —¿conocía ya a Descartes?—; sin suponer que lo conociera, el asunto es explicable. En cierta forma el *cogito* se presenta ya en San Agustín: “*si fallor sum*”; pero la gran diferencia entre San Agustín y Descartes es clara; el primero no funda toda su filosofía en este “yo pienso” que le da certidumbre; para Descartes el *cogito* es la intuición central; gracias a ella podrá fundarse toda una metafísica.

El primer capítulo que Popkin dedica a Descartes es excelente y original; el segundo es más discutible. A grandes rasgos, Popkin se acerca a las versiones que de Descartes han dado Etienne Gilson y Jacques Maritain: Descartes fue sin duda un revolucionario pero, al mismo tiempo, quiso establecer principios filosóficos que fueran capaces de sostener la fe cristiana. Es original la hipótesis de Popkin cuando se refiere al origen del famosísimo *malin génie*. Naturalmente, y como sabemos todos, Descartes pretende dudar más que los escépticos para encontrar una verdad —el *cogito*— que los escépticos no puedan poner en duda. Pero el origen de la duda de las dudas —el *genio maligno* de las *Meditaciones*— responde a factores vitales: en 1630 surgió el caso de los demonios de Loudun; es posible que esto influyera en Descartes para hacerle concebir el *genio maligno*. Las *Meditaciones* son, en efecto, de 1645. Pero hay más: en los sueños que Descartes tuvo aquella noche en que cavilaba sobre el método, se le presentó la imagen del genio del mal.

Descartes: intérpretese o no como un pensador que quiso dar nuevos fundamentos al cristianismo, el hecho es que su escepticismo constituye una negación del escepticismo; sin duda la más poderosa de cuantas se han escrito sobre el escepticismo que va del Renacimiento al siglo XVII (las refutaciones anteriores, sean platónicas, aristotélicas, agustinianas, no nos competen aquí).

Lo que no es claro: ¿fue Descartes, como lo piensa Popkin con originalidad, escéptico “a pesar suyo”? A quienes querían hacer de Descartes un escéptico, especialmente el padre Bourdin y Voetius, el fundador del racio-

nalismo moderno les contesta claramente, y no sin violencia: en efecto, los argumentos de uno y otro están basados en premisas aristotélicas, y son éstas, entre otras, las que están en duda. La objeción más poderosa es probablemente la que, en la línea de San Francisco de Sales, desarrolla Gassendi: si la verdad es subjetiva, ¿no podremos equivocarnos también en cuanto al nuevo criterio: el del *cogito*? La objeción es seria pero la respuesta de Descartes es: el *cogito* no solamente dice “pienso: soy” (es decir, mi pensamiento me *muestra* mi ser); el *cogito*, y esto está clarísimo en los *Principios de filosofía*, como pensamiento no significa únicamente reflexión; significa también imaginar, sentir, errar...; en otras palabras, puedo decir: “imagino: soy”, “siento: soy”, o, agustinianamente, “yerro, soy”. Tal vez habría que decir que algunos, a mi modo de ver, con error, pensaron que Descartes era escéptico; en cuanto a las objeciones puede decirse que son más o menos válidas o fuertes —por ejemplo, las que se refieren a la insuficiencia de la claridad y la distinción como criterios de verdad. Pero esto no hace de Descartes, suponiendo que Descartes errara, un “escéptico a pesar suyo”; hace de Descartes, como de todo filósofo, un pensador criticable, y no más.

Por lo que se refiere a Spinoza —conclusión del libro—, la cosa es sencilla. Spinoza encuentra criterios absolutos para la metafísica; piensa, en cambio, que no existen criterios de verdad para interpretar las escrituras sagradas. El tema es conocido; con claridad lo trata Popkin.

Resumo: *The History of Scepticism from Erasmus to Spinoza* es una muy

buen historia. He señalado, en el curso de esta reseña, algunas de mis divergencias. Y es que no podemos tener, en historia de la filosofía, como en general en la historia, versiones definitivas. Si la historia fuera definitiva, sería innecesario escribir nuevos libros de historia. El libro de Popkin es una excelente aproximación, a veces discutible, y lo es triplemente: al precisar la historia del escepticismo dentro del periodo señalado en el título del libro; al seguir el hilo del desarrollo de los problemas filosóficos ligados al problema de precisar el sentido de desarrollo de la modernidad y, con ella, del espíritu científico.

RAMÓN XIRAU

García Máynez, Eduardo, *Teorías sobre la justicia en los Diálogos de Platón*. Instituto de Investigaciones Filosóficas. Colección: Estudios Clásicos, Serie: Textos fundamentales. Universidad Nacional Autónoma de México. México, 1981; 312 pp.

El maestro García Máynez nos entrega en este libro su segundo trabajo de carácter filosófico-filológico. El primero fue dedicado al pensamiento de Aristóteles y tuvo como tema y título *Doctrina aristotélica de la justicia*. Con este último inició el Instituto muy dignamente una nueva Colección, la de *Estudios Clásicos*, dentro de la Serie *Textos fundamentales*. Desde todo punto de vista es encomiable esta nueva orientación de la labor in-